Dos visiones sobre el objetivismo moral. Hume y Putnam

Susana Maidana

Hilary Putnam en *Razón, verdad e historia* se propone mostrar que «no hay ningún conjunto dado de «principios morales», ahistórico, que defina de una vez por todas en qué consiste el florecimiento humano; pero esto no significa que todo sea meramente cultural y relativo; ya que el presente estado de la teoría de la verdad –la dicotomía entre teorías de la verdad–copia y las formas subjetivas de considerar la verdad– es al menos parcialmente responsable de la célebre dicotomía hecho/valor, tan sólo pasando a un nivel más profundo y corrigiendo nuestras concepciones de la verdad y de la racionalidad podremos ir más allá de esta dicotomía (dicotomía que, tal y como se entiende convencionalmente, nos compromete con algún tipo de relativismo)».[1] Según el autor no hay, pues, principios absolutos, desligados de la cultura y de la historia, al punto que considera que la célebre concepción de la verdad como correspondencia es la responsable de la dicotomía hecho/valor, al postular dos entidades ya constituidas, autónomas y absolutas. Putnam define esta posición como dogmática, realismo metafísico o realismo con mayúsculas al suponer no solamente un mundo independiente del sujeto, de sus conceptos y representaciones, sino también una copia fiel de ese mundo, tal como si se tratara del «ojo de dios». El objetivo de estas páginas es mostrar que, si bien Hume centra su mirada en el sujeto cuando analiza los valores morales, sin embargo les otorga cierta objetividad, acercándose notablemente a los planteos de Putnam, aunque distinga hechos respecto de valores.

Según Putnam la ciencia que se ocupa de los hechos no es neutral desde un punto de vista axiológico, y en ese sentido, no es válida la distinción entre hecho y valor.

> Pero el mundo empírico, en oposición al mundo nouménico, depende de nuestros criterios de aceptabilidad racional (y viceversa, desde luego). Utilizamos nuestros criterios de aceptabilidad racional para elaborar una imagen teórica del «mundo empírico» y conforme se desarrolla esta imagen revisamos bajo su luz nuestros propios criterios de aceptabilidad racional, y así sucesiva e ininterrumpidamente.(RVH, p.138)

El núcleo fuerte de la propuesta de Putnam reside en mostrar que la aceptabilidad racional no es subjetiva sino que responde a condiciones objetivas de justificación. Si bien nuestro conocimiento del mundo presupone valores, ello no significa afirmar que el mundo real dependa de tales valores.

Un ataque más sofisticado a la idea de objetividad ética admite que nuestras

---

[1] Hilary Putnam. *Razón, verdad e historia.* Madrid: Tecnos, 1988, pág.13. En adelante se cita por RVH.

> creencias éticas descansan en observaciones de casos específicos, «intuiciones», máximas generales, etc., y no en un cúmulo de «axiomas éticos» arbitrarios, pero formula la acusación que establece que las propias observaciones éticas están afectadas por una incurable dolencia: la proyección.» (RVH, 145)

Las observaciones éticas son, en este sentido, el producto de un mecanismo de proyección gracias al cual se atribuye la cualidad sentida a la propia acción. Este mecanismo no es otro que el de la simpatía postulado por Hume, con lo cual niega objetividad al valor.

Con el afán de mostrar el error en el que cae el subjetivismo moral, Putnam afirma:

> Pero, de hecho, el realismo metafísico y el subjetivismo no son simples contrarios. En nuestros días tendemos a ser demasiado realistas con respecto a la física y demasiado subjetivistas con respecto a la ética, y estas tendencias están relacionadas. Es porque somos demasiado realistas en física, porque consideramos a esta última (o a alguna hipotética física futura) como La Teoría Verdadera, y no simplemente como una descripción racionalmente aceptable, adecuada a ciertos problemas y propósitos, por lo que tendemos a ser subjetivistas con respecto a las descripciones que no podemos reducir a la física. Así mismo, llegar a ser menos realista con respecto a la física y menos subjetivista con respecto a la ética son tendencias que también guardan relación.(RVH,146)

La distinción entre hecho y valor conduce a pensar erradamente que las afirmaciones valorativas son meras ensoñaciones, por ello:

> Creer que hay tal cosa como la justicia no significa creer en fantasmas, ni el «sentido de la justicia» es un sentido paranormal que nos permita percibir tales fantasmas.» (RBH, 148)

Si bien Putnam admite que el discurso de la física no entra en conflicto con el discurso de la ética, ello no significa que uno sea reductible al otro, ni que uno sea legítimo y el otro, ilegítimo.

> Si la irreductibilidad de la ética a la física muestra que los valores son proyecciones, entonces los colores también lo son. Y también los números naturales. Y puestas así las cosas, también el mundo físico. Pero ser una proyección, en este sentido, no es lo mismo que ser algo subjetivo. (RVH, 149-150)

Se trata, pues, de dos ámbitos incomensurables, lo que no significa afirmar que sean dos universos cerrados y desconectados uno del otro, sino que los términos para comprender uno de ellos no valen para comprender el otro.

Una vez planteados los argumentos centrales de Putnam, volvamos la mirada hacia Hume, uno de los mejores exponentes del pluralismo axiológico, sin que ello lo incluya en posturas relativistas.

Hume invalida el intento de ofrecer un fundamento racional de las nociones claves de la metafísica, tales como sustancia, causalidad, yo, ideas abstractas y también de las

creencias morales, lo que trae, por cierto, cierta desontologización de los conceptos valorativos. Como sostiene Kemp Smith, la idea de la subordinación de la razón a las pasiones no solamente comprende a la práctica moral, sino también a su teoría del conocimiento en la medida en que la razón debe someterse a las creencias naturales.

> La naturaleza, por medio de una absoluta e incontrolable necesidad, nos ha determinado a realizar juicios exactamente igual que a respirar y a sentir.[2]

Hume es, pues, escéptico en relación con las pretensiones de la razón respecto del alcance de sus poderes cognoscitivos, pero admite la creencia, un acto sensitivo natural, que impide la suspensión escéptica del juicio.

> Hay que agradecer a la naturaleza, pues, que rompa a tiempo la fuerza de todos los argumentos escépticos, evitando así que tengan un influjo considerable sobre el entendimiento.(T,p.276, 187)

La intención de Hume, a diferencia de la de Putnam, es demarcar los límites entre la ciencia, por un lado, y la ética, por el otro, y para ello distingue los juicios cognoscitivos de los valorativos. Los primeros son verdaderos o falsos en la medida en que es posible verificar su concordancia con un objeto o patrón real, mientras que los juicios valorativos son autoreferenciales, y por tanto, siempre verdaderos. Esta demarcación entre hechos y valores, distancia a Hume respecto de Putnam. Explica el filósofo escocés:

> Por el contrario, un millar de sentimientos diferentes, motivados por el mismo objeto, serán todos ellos correctos, porque ninguno de los sentimientos representa lo que realmente hay en el objeto.[3]

No hay, pues, sentimientos que puedan caracterizarse como falsos sino que todos y cada uno son correctos en el marco de cada «juego de lenguaje».

Ninguna creencia ni comportamiento es explicable exclusivamente por la razón.

> En tanto se admita que la razón no tiene influencia sobre nuestras pasiones y acciones, es inútil pretender que la moralidad puede descubrirse sobre la sola base de una deducción racional (T., p.619,457)

Virtud y vicio no son cuestiones de hecho que puedan inferirse mediante la razón y aunque se analice un asesinato intencionadamente cometido, no podrá hallarse la cuestión llamada «vicio». Solamente podrá hallárselo teniendo en cuenta el sentimiento de aprobación o desaprobación que dicha acción desencadena. Nótese que Hume analiza la acción viciosa del mismo modo como procedió en la investigación de la causalidad, obteniendo en ambos casos el mismo resultado: no obedece a la razón sino a la determinación subjetiva de la creencia. Los temas morales pertenecen al orden del deber y no del ser, constituyen-

---

[2] David Hume. *Tratado de la Naturaleza Humana.* Madrid: trad. y notas de Félix Duque, Tecnos, p.271,183. En adelante se cita por T., por la página de la obra citada y por el parágrafo de la edición de Selby Bigge.

[3] David Hume. *La norma del gusto y otros ensayos.* Barcelona: Trad. M T. Beriguiristáin, Península, 1989, pág. 27.

do ambos dos ámbitos inconmensurables.

Según Hume, lo virtuoso no tiene carácter ontológico sino que es lo inmediatamente agradable a uno mismo y a los demás y útil a uno mismo y a los demás, desplazando a las virtudes monacales, preferidas por los teólogos.[4] El cálculo de beneficios sustituye a la legislación de la razón, no obstante, el hecho de que Hume limite el influjo de la razón en la moral, no significa que niegue a la razón toda incidencia en la práctica, no condena a la moral al ámbito del irracionalismo, por el contrario, la razón influye indirectamente a través de las pasiones. La razón no regula ni normatiza la acción, pero modifica los deseos que la acción motoriza, de allí que la primacía del sentimiento no implica la caída en un ciego irracionalismo.

Es cierto que quien intente despojar a la ética de fundamentos ontológicos no tiene más salida que recurrir al sujeto y a sus sentimientos, no obstante, considero que Hume no ofrece una solución puramente psicologista. Recordemos que los sentimientos son percepciones, y más estrictamente, impresiones de la reflexión, posteriores y derivadas de impresiones de la sensación. Para comprender la ética humeana hay que contextualizarla en la Escocia ilustrada, comprometida en la tarea de curar de la «falsa metafísica», sumado al papel de las ciencias y de la cultura en la sociedad libre que la época requería. La mirada epistemológica y el análisis permanente de los términos también debilitan la intención meramente psicologista e incluye la perspectiva lógico-lingüística, de allí la crítica que hace Hume de todos los sistemas morales que operan el giro del «es y no es» al «debe y no debe», reforzando, de esta forma, la distinción entre hecho y valor. Al respecto, dice Hume:

> Este cambio es imperceptible, pero resulta, sin embargo, de la mayor importancia. En efecto, en cuanto que este debe o no debe expresa alguna nueva relación o afirmación, es necesario que ésta sea observada y explicada y que al mismo tiempo se de razón de algo que parece absolutamente inconcebible, a saber: cómo es posible que esta nueva relación se deduzca de otras totalmente diferentes.(T., p.634, 470)

David Fate Norton refuerza esta interpretación cuando afirma que Hume no es un subjetivista sino un realista moral porque cree que los valores tienen cierta objetividad y refuerza la idea de que también la razón juega un rol importante en la moral, al afectar las pasiones o deseos y determinar los impulsos de la voluntad. Si bien niega el poder autoritario del entendimiento oponiéndose a las pasiones, no niega, sin embargo, que si lo deseado es peligroso o inexistente, modifique el deseo, de allí que caracterice a la razón como una esclava inteligente. Por un lado, los valores morales dependen del sujeto y de su sentimiento de aprobación, y por otro lado, se revisten de realidad objetiva, perdiendo su perfil meramente subjetivo. En efecto, Hume comenta:

---

[4] El matiz fuertemente utilitarista y hedonista de la moral de Hume también puede abonar en la dirección de la vigencia y actualidad de sus planteos éticos.

> Pero el hecho de que una acción sea virtuosa o viciosa se debe tan sólo a que es signo de alguna cualidad o carácter. Esa acción tiene que depender de principios estables de la mente, que se extienden por toda la conducta y forman parte del carácter personal.(T, p.764, 575)

La aplicación de normas universales a priori en el terreno de las valoraciones morales suscitaría las enfermedades metafísicas que la terapia filosófica humeana se propone resolver, sin embargo hay valores que tienen cierta universalidad en cuanto a su duración y a que son objeto de aprobación en general, ello explica que la justicia sea más valorada que la injusticia del mismo modo que la obediencia a la autoridad o el respeto a las leyes. Es gracias al principio de la simpatía como apreciamos las acciones virtuosas, por ello comenta Hume:

> Así, es manifiesto que la simpatía es un principio muy poderoso en la naturaleza humana, que tiene gran influencia en nuestro sentido de la belleza y que origina el sentimiento moral en todas las virtudes artificiales. Partiendo de estos puntos, cabe suponer que la simpatía origine también muchas de las restantes virtudes y que sea la tendencia al bien de la humanidad lo que haga merecedora de nuestra aprobación a una cualidad mental. (T.,pp.767-8,578)

Por su parte, con resonancias humeanas, Putnam afirma que tener un mundo, sea de hechos, sea de valores implica tener ciertas normas de aceptación racional y, en el caso de la ciencia, también se parte de una racionalidad antropocéntrica indiscutible. Pero –observa Putnam–

> creer en un ideal pluralista no es lo mismo que creer que cualquier ideal del florecimiento humano es tan bueno como cualquier otro. Rechazamos algunos de estos ideales como erróneos, como infantiles, como enfermos o como unilaterales. Tampoco debe confundirse el compromiso con la objetividad ética y lo que es una cuestión muy diferente, el compromiso con el autoritarismo ético o moral.(RVH, 151)

En el capítulo «Razón e historia», Putnam se refiere a Bentham cuando afirma que la preferencia por la poesía y la música es tan buena como el juego de las clavijas, al punto que los equipara con la preferencia que tienen Hernández y Fernández por el helado de vainilla o de chocolate respectivamente. Bentham argumenta que la gente le otorga más valor a la poesía que al juego simplemente porque su gusto lo aprueba sin otro fundamento. Y responde Putnam:

> ...lo decisivo es que sean cuales sean las idiosincrasias biológicas y psicológicas responsables de las preferencias de Hernández y Fernández, no están correlacionadas con características importantes de la mentalidad y del carácter. (RVH, p. 156)

Lo que subraya el autor es que el hecho de que la preferencia por un gusto y no por el otro sea subjetiva no la convierte en irracional y arbitraria porque siempre hay una razón que es

el sabor que el helado tiene para cada uno de ellos.

> Los valores pueden ser «subjetivos», en el sentido de ser relativos, y con todo ser objetivos; es objetivo que para Hernández la vainilla tiene *mejor* sabor que el chocolate.» (RVH,p.156)

Más adelante aclara:

> No obstante, el que puedan haber razones para los juicios de valor –razones que sean efectivamente válidas para que determinadas personas emitan determinados juicios de valor– no significa que todos los juicios de valor sean racionales, por supuesto.(RVH, 157)

Para poner de relieve esta supuesta relatividad y el subjetivismo de las creencias e ideologías, Putnam toma a Foucault, Marx, Freud y Nietzsche, como ejemplo de quienes

> consideran a las religiones y a las ideas éticas que abrigamos como reflejos de lo irracional, del interés de clase (en el caso de Marx), del inconsciente (Freud) o de la voluntad de poder (Nietzsche). Por debajo de lo que nos complacemos en considerar como nuestras intuiciones espirituales y morales más profundas, se encuentra un hervidero de impulsos de poder, intereses económicos y fantasías egoístas. Esta opinión es hoy el mordiente del relativismo. (RVH, p.159, 160)

Si bien Hume constituye uno de los antecedentes modernos más sugerentes e influyentes de la ética contemporánea, toda vez que defiende una concepción revolucionaria que coloca al sujeto como clave de bóveda del gusto, sin embargo, no cae en el relativismo que, según Putnam, tendría forzosamente que caer al reforzar la separación entre hecho y valor.

Es cierto que muchos textos de la obra humeana desembocan en resultados escépticos, una y otra vez reitera que variados gustos no se dejan apresar en reglas generales y que tampoco hay razonamiento a priori alguno que fije una norma que concilie los sentimientos de la mayoría de los hombres. Pero también hay textos en los cuales su escepticismo halla obstáculos: hay valores que han trascendido las limitaciones de espacio y de tiempo, lo que sugiere que hay una norma general del gusto que explique tal universalidad en cuanto a convertirse en objeto de aprobación en general, como lo demuestra la desaprobación general de un asesinato intencionado o la aprobación general de la poesía de Homero, entre otros ejemplos.

Seguramente Hume suscribiría, en el caso de que pudiera hacerlo, la afirmación de Putnam que reza:

> Pero el hecho de que no haya un medio universalmente satisfactorio para resolver toda disputa no muestra que en cada caso no hay concepciones mejores y peores. (RVH,p.165)

De estas ideas Putnam extrae sugerentes consecuencias en el plano de la política que, en cierto modo, también podrían ser avaladas por el autor del *Treatise*. Putnam co-

menta:

> La oposición incondicional hacia toda forma de autoritarismo político y moral no debería comprometernos con el relativismo o con el escepticismo moral. La razón por la que el gobierno hace mal en dictar una moralidad para el ciudadano no es que no existan medios de ponderar qué formas de vida son satisfactorias y qué formas de vida no lo son, o son moralmente inicuas por algún otro motivo.(RVH,p.152)

A la identificación de tolerancia con barbarie en el sentido de que, al admitir cualquier cultura como valiosa en su contexto, se estaría aceptando la crueldad, el universalismo precario de Peter Winch[5] acerca una solución al proponer un espacio propio de la naturaleza humana de respeto a ciertas necesidades y derechos básicos, condenando toda actitud cerrada que juzgue como inválido lo diferente. En todo caso, como planteaba Hume, si bien hay diversidad de gustos, ello no significa que no se opte por la justicia en lugar de la injusticia, ni tampoco desconocer que algunos valores han trascendido épocas y contextos.

En suma, según Hume, los valores, a diferencia de los hechos, dependen y son relativos al gusto del sujeto, quien finalmente determina su aprobación o rechazo. Pero, la distancia entre hecho y valor no lleva a Hume a igualar vicio y virtud, por el contrario hay cierto realismo en los valores, probado en que algunos de ellos reciben una aceptación universal, gracias al principio de la simpatía, propio de la naturaleza humana.

Parafraseando a Kant, podría decirse que, según el filósofo escocés, no hay valores sin sujeto, como no hay espacio y tiempo sin sujeto, sin embargo, hay cierta realidad empírica que le da valor objetivo tanto a los fenómenos kantianos como a los valores morales humeanos.

De esta forma, Hume está dando respuesta a inquietudes de la ética actual porque –parafraseando a Putnam– podría decirse que si bien en la vida diaria somos realistas pragmáticos ello no conduce a pensar que los valores constituyen especies de nóumenos, con existencia independiente del sujeto, y tampoco plantear la dependencia respecto del sujeto significa afirmar que todos los valores tengan la misma dignidad. En suma, tanto Hume como los hombres del siglo XX estamos preocupados por evitar los dogmatismos y demarcar los límites entre la razón y el sentimiento, entre la crítica y la superstición.

---

[5] Ver Peter Winch. *Comprender una sociedad primitiva.* Barcelona: Paidós, 1994.